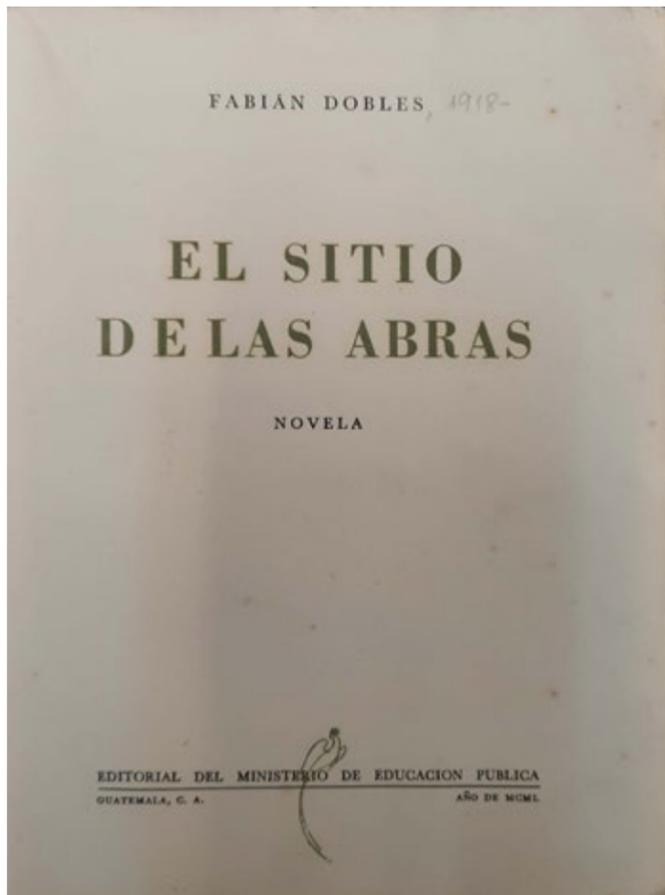


Fabián Dobles



De las dos partes que forman esta novela de Fabián Dobles, que le ha valido un premio en la hermana República de Guatemala, me parece de un interés fundamental la primera. En ella, el novelista ha llevado hasta lo inconcebible su amor a la perfección.

Se siente el embrujo de la montaña que constantemente está llamando a quienes experimentan un fuerte amor a la naturaleza, no a la que se manifiesta en serenidad y en benevolencia, sino a la otra, aquella que cuanto más bravía es, más ternura y más anhelo evoca.

El campesino costarricense allí se encuentra bien definido, sabe que, en su pequeña y querida patria, lo que sobra es tierra que ansía verse cultivada. Lo único de que carecemos es voluntad de entregarnos a ella.

Empeño de poseerla aunque sea robándola con valentía, a la misma salvaje montaña, a fuerza de hachazos que retumban.

El tico se siente llamado hacia lo más misterioso de las selvas. Pareciera que escuchara la voz de Dios que hacía aquellos rincones lo orienta. Allí habrá de ampararlo porque en su religiosa esperanza, sabe que ese Dios suyo es la misericordia misma.

La calma llena de enigmas de los bosques corre parejas con la serenidad que satura el espíritu del labrador costarricense. Son dos inmensidades tranquilas las que se sitúan frente a frente. Pareciera que han de aprestarse para la lucha. Sin embargo, ambas energías, latentes al parecer, terminan en un abrazo que es de fecundidad para la naturaleza, de prosperidad para el atrevido sembrador.

El que se lanza a abrir nuevos campos de cultivo entre multitud de peligros que acechan, lo hacen llevando, en su espíritu, plenitud de confianza en la providencia. Más aún, en la honda fortaleza de la propia alma. Al principio de la inhumanidad primitiva, la naturaleza impasible, inmutable, impersonal. Con pie firme, se adelanta en agricultor sin miedo, tratando de dar vida a la honda dualidad: hombre-naturaleza.

No piensa si está lo real antes que lo posible. Tampoco se detiene a meditar si lo real está condicionado por lo posible. Nada de eso. Con fortaleza de carácter, el tico, desconfiado, suavemente arisco ante los demás seres humanos, establece su hogar en el centro de la selva salvaje. Alienta un amor sin límites por ese hogar rústico. Aunque sea pequeño. Aunque sea pobre. Mientras más pequeño es, mientras más pobre lo siente, más entrañable es el cariño que a él lo une.

A nada le tiene miedo porque está convencido de que en eso de morirse, hay mucho de voluntad mientras es hombre, entre árboles y ríos y montañas y fieras, no lo domina temor alguno. Ha nacido para la lucha y en ella encuentra su más íntima satisfacción.

Pero cuando se siente hombre entre hombres, una angustia terrible se apodera de él porque sabe que, entonces, se inicia la verdadera tragedia. En lo hondo de su espíritu se impone la idea de que ni los muertos dejan en paz a los vivos, ni estos dejan tranquilos a aquellos.

La lucha del hombre contra el hombre empieza entonces. Se presenta el verdadero enemigo. El de las intrigas hondas. El de las ambiciones sin medida. El de la mala fe constante. El de la mentira en lucha abierta con la sinceridad.

Ese enemigo, el de la misma especie, aprovecha la desesperación de quien supo vivir sumido en la esperanza. Deifica la fuerza. El poder que es, en todas partes y en todos los momentos, el dinero.

Se humaniza la naturaleza. Se aumenta hasta lo indecible la distancia que separa a un hombre de otro hombre. Se ahonda la diferencia entre clase y clase, haciendo que todos se sientan, en su propio terruño, en la tierra cultivada por sus mismos brazos cada vez más extranjeros cada vez más enemigos de los otros y hasta de la propia anterior personalidad.

Se impone la angustia de lo material, la náusea de lo objetivo. Antes que las almas, se sienten los cuerpos que son despreciables hasta el infinito.

Es preciso salvar al hombre de las garras siempre hambrientas del hombre. Esa obra de salvación no se realiza sino por medio de un grupo de tendencias ideológicas, que deben ignorar el yo preocupándose únicamente por las multitudes, que poca cultura poseen.

En unos, surge la idea de cristianismo, pretenden realizar la deshumanización de la naturaleza recurriendo a teorías extremas que ven, en el mundo, solo éxitos sin méritos, vanidad de vanidades, riqueza y poder a los que se ha llegado por caminos torcidos.

Suponen que la deshumanización se realiza, solo, desatando la lucha de clases cuando otros confían en la moderación, en el equilibrio que se obtienen al saturar el espíritu de hondo sentido ético. Para retornar a la deshumanización de la naturaleza, se trata de obtener la mayor humanización del hombre haciéndolo más comprensivo del significado hondo de los valores fundamentales de la vida: la verdad, la belleza, el bien y el amor que, en sí, resumen los otros tres.

La vida del hombre es, a un tiempo mismo, constante búsqueda de lo que perennemente ha de huirse. Es una lucha con el demonio que está dentro de nosotros. Que se encuentra, también, fueran de nosotros mismos.

Por eso, el autor sufre, en su espíritu generoso, la pesadumbre campesina, el dolor obrero y la resignación de quienes

presencian la lucha del propio entusiasmo con el desaliento ajeno que va sembrando, por doquier, la duda estéril y ahogadora.

El libro está poblado de figuras humanas de interés profundo para el psicólogo.

Recio personaje el señor Espíritu Santo Vega Sanabria, todo un campesino de buen seso, como lo son los verdaderos campesinos costarricenses. Sabe esperar porque en la esperanza ha puesto su fe entera. Recuerda que, en la vida, como en las aguas turbias, poco a poco se van asentando lo feo para dejar en la superficie, lo claro, lo bello y lo agradable.

A su lado, Lola Sánchez, la mujer de decisiones prontas y definidas, la de voz armoniosa, quien de nada de cuanto dice se arrepiente. Alienta ambiciones. Lo interesante es que logra todo lo que de bien desea para los suyos.

Sin borrosos detalles aparece el carácter de intriga nunca satisfecho de Ambrosio Castro. Más ciudadano que labriego. Más villano que caballero.

Toda una energía es Martín Villalta. El eterno enamorado de los ríos y de las montañas, lo que significa una alma saturada de sentimientos, por una parte y de voluntad, por la otra. Hayen Villalta, mucho del montañés, del pastor, del sabanero. Amplio de espíritu. Profundo en los afectos. Sensato en las determinaciones.

De este hombre, que le parece perfecto, ansia Lola Sánchez de Vega obtener un nieto. Y de verdad lo logra alentando, casi celestinescamente, el amor irresistible que arrastra a su hija Magdalena hacia aquel varón de sugestivas actitudes.

Psicológicamente interesante es el estudio de almas sedientas de emociones extrañas de esa hija de ñor Espíritu Santo y de ña Lola.

El nieto, Marcelino Vega, hereda las energías de sus dos abuelos, robusto robles de nuestra selva. De su madre, recibe la absoluta entrega del espíritu a toda idea que le parece generosa. De su padre, Martín Villalta, obtiene la preocupación sin medida por cuanto es justicia entre los humanos.

De tan poderoso tronco nace, más tarde, Martín Vega. Un campesino que aspira a llevar la calma a los corazones que la necesitan, proponiéndoles la unión que ha de hacerlos fuertes, ofreciéndoles la justicia de cuya ausencia han surgido tantas inquietudes en sus vidas miserables.

El sitio de las abras es, como bien puede deducirse, una obra de lucha social que muchas, muchísimas discusiones han de producirse.